

ALGÚN DÍA SABRÁS...



JORDI POU FERNÁNDEZ



Círculo Rojo
EDITORA

De noche, en el hospital

—Por favor, llamad al anestesista. Este paciente debe entrar en quirófano para revisar la herida. No se preocupe, Manuel, tiene una lesión que no parece grave, pero que requiere ser revisada con profundidad y esto es mejor hacerlo en el área quirúrgica y con Ud. dormido —le dijo la doctora Varea al paciente que la miraba asustado tras la enorme cuchillada que había recibido en el vientre—. Ahora mismo vienen a buscarle para trasladarle.

Acto seguido, la doctora se dirigió al box contiguo donde le esperaba una fractura provocada por un accidente de circulación. Miró su reloj y comprobó que ya eran casi las once de la noche.

El Servicio de Traumatología de Urgencias del hospital San Jorge de Huesca siempre estaba lleno a rebosar, sobre todo a primeras horas de la noche. El cambio de turno de enfermería se hacía a las nueve y eso siempre daba lugar a un ligero parón. Durante un rato, los pacientes se acumulaban y había que ser diligente y eficaz para recuperar el tiempo y conseguir un buen funcionamiento de la asistencia. El equipo de la Dra. Varea aún no lo había conseguido.

—Nieves, Nieves, ¿qué haces?

—Perdone, doctora, estaba distraída.

—Pues no es un buen momento para esto, ya que este pobre muchacho se está jugando la pierna y aguantando el dolor. Hazme el favor, sujétala bien, procura que no se mueva para nada y, sobre todo, estate bien atenta.

—Sí, doctora, no se preocupe que esta ya no se mueve hasta que Ud. acabe. —Y, dirigiéndose al pobre joven víctima de su distracción, pidió perdón.

El paciente asintió con la cabeza y agradeció en su fuero interno la intervención de la doctora. El despiste de Nieves le había provocado un daño innecesario. Estaban intentando enyesarle la pierna lesionada por una caída de la moto y, a pesar de haber recibido fuertes dosis de calmantes, cualquier movimiento de la extremidad era causa de un fuerte pesar.

La llamada que acaba de recibir la había perturbado en gran manera. Por lo general, ella no era así. Desde que había empezado a trabajar en el hospital, y en concreto en la Unidad de Urgencias de Traumatología, Nieves era considerada una de las auxiliares de clínica más responsable y que mayor confianza generaba. Conocía muy bien el trabajo y sabía que, en Urgencias, las noches se llenaban de pacientes graves que requerían buenos profesionales. Ella era uno de esos, pero aquel día su mente estaba distraída en otras cosas. Le costaba concentrarse. Una y otra vez se preguntaba el porqué de la petición que Sofía le había hecho.

Hacía ya varios años que no tenía noticias de la familia. Era así por voluntad propia. Se había ido de su casa con la intención de empezar una nueva vida y de vaciar la mochila de recuerdos desagradables. Casi lo había conseguido. Se había alejado de su doloroso pasado y había empezado a renacer en una nueva ciudad. La llamada que acababa de recibir de su tía Sofía la había

sorprendido y había conseguido alterarla. ¿Qué era lo que podía motivar que, después de tantos años, quisiese hablar con ella? Y nada menos que ella, una de las personas que más la había mortificado, era la que ahora pedía una entrevista. Y, encima, para pedir perdón. Sí, porque esto es lo que le había dicho. La conversación había sido muy breve y Sofía le había solicitado un encuentro para pedir perdón. ¿A qué venía esto después de tanto tiempo? La llamada había cogido a Nieves desprevenida. Cuando, tras coger el teléfono, supo quién había al otro lado del hilo, soltó una larga lista de improperios e insultos y estuvo a punto de colgar. No lo hizo. Ignoraba la razón que le indujo a seguir hablando. Luego, cuando Sofía le explicó el motivo de la llamada, se quedó paralizada. ¿Pedir perdón? ¿Y en persona? Tardó un buen rato en acceder a la petición de su tía. ¿Por qué había dicho que sí? No lo sabía, no encontraba una explicación.

En la cabeza de Nieves pululaban un montón de dudas. ¿Esperaba algún cambio, algún arrepentimiento? Algo así debía ser porque este parecía ser el motivo de la llamada. ¿Había hecho bien en aceptar la cita? Era evidente que el encuentro no conseguiría borrar el pasado y a lo mejor lo único que haría sería hacer revivir algo que ella estaba intentando borrar de la mente, del corazón. A lo mejor sería el momento de decirle a la cara cuatro cosas bien dichas a su tía. Ganas de soltarle cuatro verdades no le faltaban después de lo que le había hecho pasar, pero tenía dudas de si sería capaz de hacerlo. Estaba consiguiendo escapar de aquella historia. Ya había sufrido suficiente y volver a empezar solo serviría para reabrir heridas. Además, ella no era así. No quería enfrentamientos y, por ello, en su momento, con tan solo veintiún años, había optado por huir, por desaparecer, aunque, por lo visto, no lo había conseguido. El pasado la perseguía.

Ahora vacilaba entre acudir a la cita o no. Aunque en un primer momento había dicho que sí, empezaba a dudar de la bon-

dad de la decisión y no sabía si al final tendría ganas de hablar con su tía.

—Nieves, por favor, hazme caso. No sé qué te pasa hoy, pero, con el trabajo que tenemos, si no estás por la labor, vamos a hacer algún disparate.

—Perdone, doctora. No sé qué me ocurre, pues me distraigo sin querer —respondió Nieves al tiempo que se disponía a ayudar a coser la enorme herida del brazo de una adolescente.